

## LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Cosette, tan punzante y tan vivo aún, cuatro ó cinco meses antes, había entrado en convalecencia. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de los pájaros y de las flores infiltraban poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan viva y tan joven, una cosa muy semejante al olvido. ¿Era que se apagaba completamente el fuego, ó que se iban formando solamente capas de ceniza? El hecho es que no sentía ya apenas nada doloroso y abrasador.

Un día pensó de repente en Mario.—¡Calla!—dijo,—ya no pienso en él.

En la misma semana se fijó, al pasar por delante de la verja del jardín, en un hermoso oficial de lanceros, con talle de avispa, bonito uniforme, mejillas de niña, sable bajo el brazo, bigotes retorcidos y chascás charolado; cabellos rubios, ojos azules, cara redonda, vana, insolente y linda: todo lo contrario de Mario. Llevaba un cigarro en la boca. Cosette pensó que este oficial era del regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente le vió pasar otra vez, y notó la hora.

Desde aquel momento le vió pasar casi todos los días. ¿Sería casualidad?

Los camaradas del oficial notaron que había en aquel jardín «en traje de marcha» y detrás de aquella fea verja, una bonita niña que estaba allí casi siempre cuando pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido para el lector; pues que se llamaba Teodulo Guillenormand

—¡Ah!—le decían.—Hay una joven que te mira; obsérvalo.

—¿Acaso tengo tiempo,—respondió el lancero,—de mirar á todas las jóvenes que me miran?

Esto sucedía precisamente en el momento en que Mario descendía á la agonía, y se decía:—¡Si pudiese solamente verla antes de morir! Si se hubiera realizado su deseo, si hubiera visto en aquel momento á Cosette mirando á un lancero, no habría podido pronunciar una palabra; habría muerto de dolor.

¿Y de quién habría sido la culpa? De nadie.

Mario tenía uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y moran en ella. Cosette, por el contrario, se sumergía, pero volvía á salir.

Cosette, además, atravesaba ese momento peligroso, fase fatal del ensueño femenino, abandonado á sí mismo, en que el corazón de una joven aislada se asemeja á esos sarmientos de la vid que se enganchan por casualidad en el chapitel de una columna de mármol ó al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre ó rica, porque la riqueza no impide una mala elección. Se verifican casamientos muy desiguales, porque la verdadera desigualdad del casamiento es la de las almas; y así como más de un joven desconocido, sin nombre, sin familia, sin hacienda, es un chapitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, del mismo modo,

algún hombre de mundo, satisfecho y opulento, que tiene botas finas y palabras charoladas, si se le mira, no al exterior, sino al interior, es decir, á lo que reserva á la mujer, no es más que una viga estúpida, obscuramente movida por pasiones violentas, inmundas y embriagadas; el poste de una taberna.

¿Qué tenía Cosette en el alma? Una pasión calmada ó adormecida; amor en el estado flotante; algo que era límpido, brillante; turbio á cierta profundidad; obscuro más abajo. La imagen del garrido oficial se reflejaba en la superficie. ¿Había algún recuerdo en el fondo? Muy en el fondo tal vez; mas Cosette no lo sabía.

Pero sucedió un incidente singular.